

PERSPECTIVA HISTORICA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

BEATRIZ WEBB 1858-1943

La muerte de la señora Webb, el 30 de abril de 1943, privó a la Academia de un miembro distinguido, cuyas aportaciones a los campos del pensamiento y de los negocios son de valor permanente. Durante más de medio siglo trabajó en estos campos con singular devoción. A un tiempo estudiosa y reformadora, historiadora, economista y escritora, experimentada observadora de la política, y autora en colaboración de libros que abrieron un capítulo nuevo en la sociología inglesa, supo llevar a cabo, sin flaquear ni perder de vista sus objetivos, varias misiones, y sus realizaciones son demasiado variadas para que puedan resumirse fácilmente. Cuando le preguntaban cuál era su profesión, modestamente se consideraba una investigadora social; pero el dominio que tenía de su propia especialidad no había disminuído su alcance ni atrofiado su emotividad, y sus amigos tuvieron ocasión de tratarla en momentos en que hablaba como un vidente. La significación de su obra y de la de su marido —puesto que no se pueden imaginar por separado— se estimará dentro de cincuenta años con más justicia de lo que puede hacerse hoy día.

I

Beatriz Potter nació en 1858, siendo la penúltima de nueve hijas. Descendiente de abuelos que hicieron fortuna en su peque-

(1) Reproducido, con autorización, de *Proceedings*, de la Academia Británica, vol. XXIX. La traducción ha sido realizada por Gonzalo García Passigli.

ña finca agrícola y textil, cuando el algodón se convirtió en rey y señor, llegando después, por el camino de la política radical, a la reformada Cámara de los Comunes, conoció el auge de la gran industria y sus secuelas políticas, no en forma de relatos en los libros, sino como un capítulo de la historia de su familia. Tuvo ocasión de hablar con Bright, cuando éste era ya anciano, siendo la descendiente de uno de los que habían estado a su lado en los días grandes de la Liga; en su primera visita a Lancashire estuvo con unos parientes que eran operarios en los pantanos de Rossendale: y no se vió tentada a exagerar la inmutabilidad de los sistemas económicos ni a dejarse impresionar indebidamente por los caprichosos favores que conceden. La vida de su padre le dió la misma lección. Había pretendido llevar la vida de un señor rural; pero una vuelta de la fortuna, que no fué una desgracia para la embrionaria socióloga, le lanzó a los negocios. Cuando la crisis económica de 1847-48 acabó con su modesta fortuna, algunos parientes y amigos de la escuela le proporcionaron una participación en una sociedad de comerciantes en maderas y un puesto directivo en la Great Western Railway. Siguieron otros puesto directivos, incluido el de presidente del Grand Trunk Railway, del Canadá, junto con una variedad de empresas del tipo que hoy se clasificaría como de grandes negocios. Su don especial, si hemos de creer a su hija, era para hacer los planes y negociaciones, no para llevar a cabo la rutinaria táctica. Los lectores de *My Apprenticeship* reconocerán, divertidos, en el retrato que allí se hace de él, algunos rasgos que les recordarán su formidable poder de persuasión.

Richard Potter no fué el esclavo de sus éxitos, ni era uno de esos magnates que llevan los negocios con gran misterio. Sus hijas, con quienes discutía abiertamente sus asuntos, trabaron conocimiento con sus socios en diversas empresas, a los que invitaban a su casa, y también —pues era un hombre culto con un amplio círculo de amistades— con personas eminentes en el campo de la ciencia y de las letras. La joven señorita Potter perseguía la autoformación cultural con la implacable intensidad de la juventud, traduciendo *Fausto* a los quince años, y lanzándose al año siguiente sobre la pétrea fortaleza de la Historia hebrea y el Derecho inglés; pero párrafos anteriores de su diario dan la impresión de que

su formación debió menos a las institutrices y a un año pasado en un colegio de moda, que al incesante debate sobre libros, teorías científicas y filosóficas y problemas de religión y política, que oyó a su alrededor conforme iba creciendo. La muerte de su madre, una mujer notable, cuya diversidad de realizaciones fué motivo de un admirable comentario de Taine, puso fin a seis años repartidos entre las casas de campo que el señor Potter tenía en Gloucestershire, Westmorland y Gales, las épocas en Londres —“montando a caballo, bailando, coqueteando y ocupándose de vestir”— y largos viajes ocasionales a Italia y Alemania. A los veinticuatro años se convirtió en la cabeza del hogar paterno. Administraba los considerables ingresos de su padre, trabajaba como secretaria y consejera suya, familiarizándose con las ramificaciones de sus asuntos lo suficiente como para que él sugiriese que tenía que darle una participación formal como socio en sus negocios. Más tarde, Beatriz atribuía una parte de su facilidad para ordenar y analizar los datos de sus investigaciones, al aprendizaje que tuvo mientras trabajó en los asuntos de su padre.

Si las grandes responsabilidades fueron una asignatura útil para su futura carrera, no le facilitaron la elección de ésta. Su diario durante estos años nos la presenta buscando el camino hacia la postura religiosa que había de mantener durante su vida, pero aturdida hasta el máximo por la incertidumbre acerca de cómo utilizar de la mejor manera sus aptitudes. Ya desde que dejó de ser una niña había encontrado a la sociedad, con su “laboriosa enfermedad de vanidad”, crecientemente desagradable, y había deseado poder dedicarse al trabajo intelectual. ¿Pero era ella capaz de un trabajo serio? Y si lo era, ¿en qué campo? Sus simpatías eran fuertes; pero su mente, lo mismo que sus emociones, requerían una satisfacción. Durante su niñez y adolescencia había recibido mucho de Spencer, el amigo más íntimo de sus padres. A los veinticinco años ya le había sobrepasado. El sabio, cuyo hábito no era el humor, la urgió, con amable torpeza, para que investigara “los órganos absorbentes en las hojas, raíces y semillas de las plantas”. Ella sabía que el tema que la atraía de corazón eran las extrañas formas del hombre comerciante para con sus prójimos, y que el estudio de este tema requería métodos pro-

pios, con relación a los cuales la famosa analogía entre los organismos animales y sociales no daba más que una luz dudosa. Para ver la pobreza de una forma directa, llevó la dirección de un bloque de viviendas para obreros, y se constituyó en la obligación de hacer visitas de las que llevaba a cabo la Charity Organization Society, que entonces se encontraba en el máximo de su reputación. Pero encontró que esta experiencia era demasiado patológica para no ser otra cosa que propicia al error. Con pocos guías que la ayudasen, parecía estar condenada a andar a tientas interminablemente. Sin embargo, sabía lo que quería. "Si yo fuese hombre y tuviera inteligencia, dejaría la acción política y la teorización política a los que tienen fe, y... trataría de descubrir cuidadosa y proporcionalmente lo que, en realidad, ocurriese en los distintos estratos de la sociedad, de una manera más especial el crecimiento espontáneo de la organización, conociendo y descubriendo las leyes que rigen su nacimiento, vida y muerte."

El círculo quedó roto, menos por un esfuerzo de su inteligencia que por lo que ella vino a llamar su "viaje sentimental". Entró en relaciones con aquellos parientes suyos que trabajaban en talleres y, a través de ellos, llegó a conocer una región de la Inglaterra industrial que, a pesar de las relaciones que su familia tenía con ella, todavía no le era conocida. Como la señorita Jones, hija de un granjero de Gales, resuelta a conocer la vida de una ciudad industrial de Lancashire, hizo a sus primos de Bacup la primera de unas cuantas visitas, vivió en la casa de un tejedor como una de la familia y fué presentada a los amigos de sus primos. Esta experiencia fué para ella como una revelación. Vió desde dentro lo que en Londres no había podido ver, la vida corriente de una comunidad trabajadora. La sencillez, despego mundano y fe religiosa de sus amigos —"una página de historia puritana"— removieron profundamente sus sentimientos. El estímulo intelectual fué igualmente profundo. Eran hombres y mujeres, como los que la habían albergado, abrumados por el trabajo, desnutridos y sin formación, los que habían sembrado el norte de capillas no conformistas, estableciendo una cooperativa de consumo en cada pueblo y creando, con los sindicatos algodoneros de Lancashire, las organizaciones obreras más poderosas y mejor disciplina-

das que el mundo había conocido hasta entonces. El estudio de la sociedad, no sólo mediante documentos y libros, sino a través del contacto personal con seres humanos, había sido su ambición. Volvió a Londres convencida de que era su vocación. "Había decidido convertirme en una investigadora de las instituciones sociales."

Poner esta decisión en práctica requería tiempo. También exigía la concentración sobre un campo específico de trabajo. La forzosa retirada de la vida social que le fué impuesta por la repentina enfermedad de su padre, a quien estaba sumamente unida, en el otoño de 1885, le dió tiempo para aclarar sus ideas en cuanto a los métodos de los estudios sociales. La lectura y la reflexión fortalecieron sus convicciones de que, para que fueran fructíferos esos estudios, habían de descansar sobre una base de testimonios cuidadosamente tamizados, más amplia de lo que comúnmente se había creído necesario. Los dos ensayos escritos en 1886 sobre *The Rise and Growth of English Economics* (El desarrollo y crecimiento de la economía inglesa) y *The Economic Theory of Karl Marx* (La teoría económica de Carlos Marx), breves extractos de los cuales se incluyeron más tarde en *My Apprenticeship* (Mi aprendizaje), muestran la dirección en que se movía su pensamiento. Fueron su saludo y su adiós a la economía deductiva.

La importancia de la continua investigación de los hechos de la organización social no era, en los últimos años del decenio 1880-1889, el lugar común en que se ha convertido desde entonces. Los sentimientos de los círculos en que la señorita Potter se movía eran periódicamente agitados por noticias sobre la existencia de un submundo de miseria; pero la verdad de que la emoción es impotente si no va acompañada del conocimiento, había hecho pocos conversos en las altas esferas. Efectivamente, un conocimiento exacto y completo de las condiciones sociales no era muy fácil de obtener. El suministro de información oficial se ha desarrollado, normalmente, como un subproducto de la ampliación de actividades oficiales. Las fuentes suministradoras, de un valor inestimable allí hasta donde llegaron, eran en los años del decenio citado, más escasas y al mismo tiempo más discriminadoras que las que tenemos a nuestro alcance hoy día. La empresa privada, pese a medio siglo de trabajo de las sociedades estadísticas—al-

gunas de ellas de alta calidad—tampoco había hecho mucho para llenar ese vacío. La especulación económica inglesa tenía una brillante historia, pero el rigor en verificar sus hipótesis no había sido su mejor juego. La primera gran investigación sobre la vida y el trabajo urbanos, progenitora de una larga serie de estudios subsiguientes, no había sido lanzada todavía. Los fondos para hacer investigaciones sobre las condiciones sociales e industriales no se encontraban fácilmente. En 1897, los autores de *Industrial Democracy* podían escribir: “En Londres, la ciudad más rica entre todas las del mundo, y el mejor de todos los campos para la investigación sociológica, la cantidad total de asignaciones para estos propósitos no excede de cien libras al año.”

En estas circunstancias, las investigaciones sociales, en cualquier forma sistemática que se llevasen a cabo, tenían las dificultades, pero también los encantos, de una aventura propia de descubridores. La señorita Potter siguió pasando la mayor parte de cada año con su padre hasta la muerte de éste, en 1892; pero una vez que una reorganización de los negocios hubo aligerado sus obligaciones, sintió la necesidad de un objetivo limitado, llenándola de indecisión precisamente la cuestión de la meta a elegir. La contestación le vino de un primo suyo por matrimonio, Carlos Booth. Insatisfecho, como ella, con generalizaciones basadas sobre “una serie de suposiciones unidas muy imperfectamente con los hechos observados en la vida”, estaba planeando su investigación sobre *The Life and Labor of the People of London* (La vida y trabajo del pueblo de Londres). La invitó a colaborar con él. Empezó a trabajar en la parte que le fué asignada, el estudio sobre el trabajo en los muelles en los barrios de la Torre, en marzo de 1887; y continuó estudiando los escándalos que tenían lugar en la confección de artículos de vestir baratos, en la parte este de Londres, que había sido calificada de explotación. Su colaboración con Booth fué un hito en su desarrollo. La posición final a que llegó no era la de él, pero el trabajo que ella realizó le dió una reputación más que modesta para la investigación de confianza. Aprendió a comprobar sus conclusiones mediante pruebas cuantitativas y, sin mitigar su ardor, le dió una dureza realista que tanto la indisciplinada aliada como su opositor, que

no estaba satisfecho con su propio informe, encontraron a veces desconcertante. Cinco años más tarde, cuando sus aportaciones a la obra de Booth habían ido seguidas del primer libro escrito por ella, *The Co-operative movement in Great Britain* (El movimiento cooperativista en la Gran Bretaña), y el estudio del sindicalismo estaba todavía en sus principios, se alcanzó un punto crítico aún más importante. En el verano de 1892, contrajo matrimonio con Sidney Webb.

II

La decisión de la señora Webb de dedicar su vida a la investigación sociológica se había visto impulsada por la creencia de que la sabiduría es la clave para un mundo mejor. Su consciencia intelectual era exigente, de forma que ella aceptó las obligaciones que tal creencia impone. Aparte de su fe en la ciencia, no partió de un credo. Su objeción a “esos gigantescos experimentos, educación estatal e intervención estatal en otras materias”, había sido confiada a su diario, en 1884. “El agnosticismo político, atemperado por la economía individualista”, fué la expresión de su posición cuando, unos tres años más tarde, empezó a ayudar a Booth. Su conversión al socialismo, que había tenido lugar en todo excepto en el nombre, en la época en que terminó su libro sobre cooperativas, fué resultado, no la causa, de su obra como investigadora. Aunque se adhirió a la Fabian Society, en 1893 —no sin algunos escrúpulos, que se demostraron innecesarios, por miedo de que las asociaciones políticas pusiesen en posición difícil su independencia intelectual— transcurrió más de una década antes de que tomase parte activa en ella. Conforme su influencia iba aumentando la fué utilizando para fomentar reformas determinadas, de cuya importancia estaba convencida; pero pensaba que su deber primordial en la vida era el del estudioso, no el de una propagandista. Se trataba de revelar, a través de su trabajo, las posibilidades encerradas en la aplicación de los métodos científicos al estudio de las sociedades.

Exceptuando el tiempo que le reclamaron las exigencias de sus deberes públicos, que a veces eran grandes, y de dieciocho

meses que pasó visitando los Estados Unidos y los Dominios, el Lejano Oriente y Rusia, desarrolló sus actividades por espacio, aproximadamente, de medio siglo. Los veintitantos volúmenes que, casi siempre como colaboradora de su marido, la tuvieron ocupada durante ese período, se pueden clasificar en cinco grupos principales. Comprenden cuatro libros sobre organización e historia de la clase trabajadora; diez volúmenes sobre el gobierno local inglés; tres importantes obras y varios artículos más cortos sobre la reforma de la Leyes de Pobres; dos libros específicamente dedicados al socialismo, y un grupo de escritos diversos, de los cuales los más interesantes son *My Apprenticeship*—la menos egocéntrica de todas las biografías, que de una manera característica se convirtió en una historia social—y el cuidadoso estudio sobre el comunismo soviético.

No todas estas obras están a la misma altura. Como ocurre con las obras de la mayoría de los autores que han trabajado durante un largo período, los libros de los Webb reflejan diversas fases de la vida y el pensamiento de sus autores. Algunos, como *The History of Trade Unionism* (La historia del sindicalismo) y *English Local Government* (Gobierno local inglés), el último de los cuales apareció a intervalos durante un periodo de cerca de treinta años, fueron el resultado de prolongadas investigaciones en campos que había sido poco explorados con anterioridad. Otros, fueron escritos rápidamente, tratando temas de discusión corriente. La característica común, que ha marcado su sello en todos ellos, es una cuestión menos de estilo que de materia. Es la impresión que causan de grandes reservas de ordenados conocimientos. Cualquiera que sea el tema, es tratado con respeto. Ya sea un folleto, como el escrito sobre *English Teachers and their Professional Organizations* (Los maestros ingleses y sus organizaciones profesionales), el resultado de sus investigaciones, o un volumen del tipo de *The Parish and the County* (La parroquia y el condado), existe el mismo cuidado paciente en la ordenación de los materiales, y la misma autosujeción para abstenerse de generalizar hasta tanto que los testimonios no hayan sido tamizados. Incluso aquellos libros que intencionadamente fueron escritos para que llegasen al gran público, llevan la marca de un alcance de la información y

una madurez de pensamiento que los colocan en una clase aparte de otras *pièces de circonstance*. Las conclusiones que se adelantan en ellos pueden estar expresadas en forma resumida, pero no se ha llegado a ellas apresuradamente. Si el objetivo de sus autores es persuadir, así como informar, se trata de una persuasión mediante un llamamiento no a la ignorancia, sino al conocimiento.

“La especialidad Webb”, escribieron para explicar su procedimiento, “ha sido un estudio, histórico y analítico al mismo tiempo, de la historia de la vida de determinadas formas de organización social durante los tres o cuatro últimos siglos, tales como los movimientos sindicalistas y cooperativistas en el Reino Unido y el Gobierno local inglés... La tarea que se presentaba ante nosotros era descubrir... las uniformidades periódicas en la constitución y actividades que muestran las líneas principales de desarrollo, junto con todas las diversidades de estructura y función que surgen en lugares específicos, en décadas específicas o bajo circunstancias sociales peculiares.” Ambos autores creían en la planificación, y la primera industria que planificaron fué la propia. Eran ayudados por secretarios, su único derroche, a quienes adiestraban de manera valiosísima en el campo de la investigación; pero no por esto se ahorraban trabajo ellos mismos. Los materiales que necesitaban para sus obras históricas se hallaban enormemente dispersos. Los autores, que habían empezado su viaje de bodas con una visita a Dublín, para conocer los archivos de las sociedades mercantiles irlandesas, pasaban parte de cada verano en viajes de exploración. Para los libros sobre sindicalismo, no sólo utilizaron la riqueza de fuentes de que disponían en Londres, sino que saquearon los archivos de todos los sindicatos importantes de provincia y de una gran mayoría de los de menor importancia. Las fuentes para el estudio del gobierno local fueron más voluminosas. Para descubrir y tomar nota de los archivos de las parroquias, condados, casas señoriales y burgos, visitaron, juntos o por separado, varios cientos de pueblos y ciudades, desde Cornwall hasta Northumberland, y desde Neath a Norwich. No confiaron solamente en los documentos, sino que quisieron ver las respectivas organizaciones en funcionamiento, asistiendo en persona a las reuniones de los sindicatos, consejos gremiales y muni-

cipios. Ni tampoco se limitaron a la información que podían obtener viendo las instituciones en funcionamiento. Interrogadora, al mismo tiempo agradable e inexorable, con un don único para hacer hablar al mudo y obligar al hablador a ceñirse al tema, la señora Webb había descubierto, cuando trabajaba para Booth, las lecciones que se podían obtener de las conversaciones con un objetivo determinado. En el curso de sus investigaciones sobre el trabajo en los muelles y en la industria de la confección, había interrogado a una larga serie de obreros, patronos, inspectores sanitarios y de fábricas, funcionarios de las juntas escolares y representantes de organizaciones filantrópicas; y, finalmente, para ver como es por dentro una industria donde se trabaja en plan de explotación, había tomado lecciones de sastrería, obteniendo colocación en una serie de talleres como "simple pantalonera". No había olvidado el valor del testimonio oral, ni el arte de obtenerlo, cuando llegó el momento de realizar sus obras más voluminosas. El "método de la entrevista" contribuyó no poco al realismo de las interpretaciones de los Webb. Le concedían un lugar al lado de otras fuentes más formales, en el repertorio del investigador. Ver a un testigo sufriendo su hábil tercer grado era a veces divertido.

Los temas sobre los que escribieron los Webb fueron sugeridos por los problemas de su tiempo; pero los autores no fueron por caminos abreviados. Planearon sus obras más importantes siguiendo el principio de que, en el estudio de la sociedad, el camino que más rodea es, frecuentemente, no sólo el más corto, sino el único para llegar a término. Una vez que el campo de su investigación había sido determinado, resistían a la tentación —por mucho tiempo, punto flaco de los economistas— de encontrar fórmulas de aplicación general, y atacaban los problemas específicos uno a uno, buscando soluciones que pudieran ser comprobadas mediante una referencia de los hechos. Algunas de las generalizaciones propuestas por ellos, indudablemente, habrán de ser modificadas o rechazadas; otras han dado sus frutos y han arrojado luz. Si el descubrimiento es la revelación de relaciones significativas, pero que anteriormente no habían sido tenidas en cuenta, entre los fenómenos, entonces, en su esfera, fueron descubridores.

Las investigaciones de la que todavía era señorita Potter, sobre la explotación y las cooperativas, que destruyeron ideas ampliamente aceptadas, son ejemplos adecuados de la primera época. Están descritos con alguna extensión en *My Apprenticeship*, y no requieren más que una mención aquí. Como resultado de su trabajo sobre el primer tema, el mito pintoresco de una interminable cadena de subcontratistas, con un parásito intermediario hebreo desempeñando el papel de malo de la obra, siguió el camino de otras tantas leyendas. A partir de entonces, evidentemente, el problema consistía, no en evitar los escándalos excepcionalmente producidos, sino mantener, mediante combinaciones voluntarias y disposiciones legislativas, niveles de empleo adecuados en todo el campo industrial. Su habilidad para ver las cosas a través del cristal ordinario y para conseguir que otros hicieran lo propio, fué igualmente notable en su estudio sobre el movimiento cooperativista. La cooperación —palabra que inspira seguridad a una generación consciente del fortalecimiento de los lazos sociales— había sido interpretada de una manera amplia, como significando la multiplicación de sociedades de productores que dividían los beneficios entre todos los que participaban en el negocio. La señorita Potter demostró que, excepto algunos casos aislados, la versión británica de la cooperación no significaba nada de ese estilo. La democracia económica, tal como la practicaban la mayor parte de los cooperativistas, no implicaba ni talleres autoadministrados, ni participación en los beneficios con los patronos. Comprendía el suministro de productos y, cuando era posible, su producción, para el servicio de los consumidores, por medio de agentes designados por ellos; el pago de un interés fijo sobre el capital; y la eliminación del beneficio mediante la restitución al comprador de cualquier diferencia en exceso que se produjese entre los precios y los costes.

Las conclusiones de la señorita Potter no pasaron sin crítica; pero tenía los hechos a su favor, y todavía hoy día constituyen un lugar común. *The Cooperative Movement in Great Britain* se tradujo muchas veces, y su influencia en la política cooperativista no se limitó a este país. Para su autora, la importancia de este libro consistió en ser un punto de partida. Al contestar una pre-

gunta, sugirió dos más. Si la esencia de la cooperación era la soberanía del consumidor, ¿qué papel había que asignar a las organizaciones profesionales de jornaleros, cuyas luchas, en el momento en que ella escribía, estaban mucho más a la vista del público que la casi inadvertida expansión de los almacenes al por menor y mayor? Si las unidades naturales para el desempeño de ciertas funciones económicas eran asociaciones de compradores, ¿no podría haber también un amplio orden de servicios que pudieran ser encomendados más propiamente a entidades públicas? Los puntos de vista de la señora Webb y su de marido sobre la segunda de estas preguntas fueron expuestos en varios de sus libros posteriores. La primera, que se le había ocurrido cuando todavía estaba trabajando sobre el cooperativismo, fué el motivo de las investigaciones que ellos llevaron a cabo sobre sindicalismo. Es un comentario sobre la acusación de tendencias burocráticas, que alguna vez se hizo contra los Webb, el que los seis años siguientes a su matrimonio los dedicasen al estudio de organizaciones voluntarias.

Cuando apareció *Industrial Democracy* (Democracia industrial), un comentarista de libros se mostró sorprendido de que unos escritores tan dotados hubiesen malgastado su talento estudiando instituciones tan poco importantes como los sindicatos. Si el mundo del trabajo organizado sindicalmente ya no constituye la nebulosa región que era cuando los Webb enfocaron hacia él, por vez primera, la luz de su investigación, el cambio producido se debe en parte a sus esfuerzos. El sindicalismo, a través de su historia, ha tenido un carácter dual. Ha sido al mismo tiempo un cuerpo de asociaciones profesionales y un movimiento social que centraba las aspiraciones de distintos grupos de trabajadores y reflejaba sus reacciones ante la marea de la política y de las ideas. La importancia relativa de estos distintos aspectos ha variado con los diferentes tiempos; pero en Inglaterra, diversamente de otros países, ninguno de ellos ha anulado al otro completamente. *The History of Trade Unionism*, que aun no ha sido superada por ninguna obra posterior, hace justicia a ambos. Vierte las mayores luces sobre la lenta transformación de los grupos aislados de trabajadores en organizaciones nacionales; el desarrollo de la política industrial apropiada a las circunstancias variables de las distintas ramas, y las

cambiantes relaciones entre los sindicatos y el Estado. Los autores tuvieron pocas obras secundarias que les auxiliasen —tuvieron que hacer su propio censo de obreros sindicados, más tarde confirmado por cifras publicadas por la Junta de Comercio— pero la influencia ejercida por su libro se debió tanto al espíritu con que había sido escrito como a la ampliación que suponía para la ciencia. De tono estudiadamente frío, exigiendo respeto por su carácter universitario, admitía inocentemente su ignorancia cuando la evidencia fallaba; rebajó febriles temperaturas y volcó un fresco torrente de hechos sobre el sensacionalismo. Resultaba que los sindicatos no eran tema apropiado para una denuncia desapasionada o para una apología indiscriminada. Eran instituciones prosaicas que, como otras instituciones, tenían sus virtudes y sus defectos, pero que, sometidas a un estudio desapasionado, podían dar algunas lecciones que el economista, el estudioso de las ciencias políticas e incluso el estadista, harían bien en tener en cuenta.

The History of Trade Unionism fué la primera entrega de la obra de los Webb sobre la materia; pero fué solamente la primera. La cuestión de los efectos económicos de los sindicatos levantó más controversias, que fueron extensamente discutidas en *Industrial Democracy*. En la última decena del siglo la denuncia del sindicalismo como “contrario a los principios de la economía política” cra, con la excepción de algunos casos, ya una cuestión del pasado; pero continuaba adherido a ella un débil matiz de impropiedad económica. El propósito sindical era mantener unos niveles mínimos de salarios y condiciones de trabajo que ningún empresario, por económicamente acuciado que estuviera, pudiera desconocer. ¿Era cierto el alegato de que la persecución de tales objetivos ha de ser necesariamente perjudicial al progreso económico?

Fué una tarea fácil para los autores demoler lo poco que quedaba de la base teórica de los anteriores ataques contra el sindicalismo. Su análisis de los efectos producidos por la ordenación de niveles mínimos de empleo, que era el meollo de su argumentación, desbrozó lo que entonces era un terreno virgen. Lo más general y característico de la política de los sindicatos era el gobierno común; y el gobierno común, lejos de ser incompatible con

la eficiencia económica, realmente conducía a ella. Alentaba la selección de los obreros más competentes para el empleo; estimulaba a la dirección para descubrir métodos que redujeran los costes mediante el mejoramiento progresivo de la maquinaria y de la organización, y fomentaba la utilización más eficiente de los recursos de la nación, obligando a las profesiones parasitarias, en sentido de utilizar las energías de sucesivas tandas de obreros bajo condiciones incompatibles con la salud y el vigor, o bien a modificar sus sistemas o bien a desaparecer. Si el argumento era válido, las conclusiones implícitas en él, aunque sugeridas por un estudio de los efectos del sindicalismo, eran obviamente susceptibles de más general aplicación. La puesta en vigor de niveles mínimos de seguridad e higiene había sido objeto de una larga serie de Leyes sobre Fábricas y Salud Pública. ¿Por qué una análoga puesta en vigor legal de niveles mínimos de remuneración había de mirarse como una herejía que debía provocar la justicia económica? *Industrial Democracy* fué el primer libro que arguyó de manera convincente y ampliamente sobre el caso, incorporado más tarde por la política en las Leyes de Juntas de Comercio de 1909 y 1918. Las previsiones que los autores se permitieron hacer en el capítulo final, si bien sobreestimaban, como ocurre en la mayor parte de las profecías, el paso a que había de producirse el acontecimiento, no erraron grandemente en cuanto a su dirección. El futuro, apuntaban, verá no, como algunos teóricos de la izquierda suponían entonces, la sustitución de las uniones de obreros por la acción de un Estado paternal, sino una modificación de sus funciones. Descansa, con la confianza del sindicalismo, para el mejoramiento del nivel de vida del obrero, en la legislación no menos que en la contratación colectiva; amplía el gobierno, con consentimiento, de la esfera política a la económica, y se convierte sucesivamente, conforme al área de la empresa pública se ensancha, en un experto consejero cuya opinión se consulta en todas aquellas materias que se refieren al bienestar y a la competencia profesional de los distintos cuerpos de productores.

“Podemos distinguir, como la nota dominante de los últimos tres cuartos de siglo, una constantemente creciente elaboración de la acción común organizada. Lo que antiguamente se dejaba para

que proveyera a ello el hogar, o quedaba totalmente sin proveer, ahora, en una extensión continuamente en aumento, se provee para un gran número de hogares mediant una administración colectiva... Sin la regla común que establece la ley y sin los servicios que provee el municipio, el ciudadano del siglo veinte normalmente encontraría que es imposible vivir." Fué esta "espontánea maleza del tejido social", más bien que los aspectos más dramáticos de la acción política, sobre los cuales y a través de su vida, se centró el interés de los Webb. En parte por esta razón, y en parte porque su estudio de los movimientos de la clase obrera les había convencido de que las lecciones que se derivaban de las asociaciones voluntarias requerían ser complementadas con un estudio de las organizaciones obligatorias en las cuales los hombres se agrupaban como ciudadanos, sus investigaciones tomaron un nuevo derrotero.

Las dos décadas precedentes habían visto la modernización del gobierno de los condados, y una gran expansión de la empresa municipal. La aparición del Estado que suministra un mínimum nacional de servicios, diferenciado del Estado policía, ya se podía apreciar débilmente. Era natural, una vez que los libros sobre sindicalismo estaban terminados, que sus autores considerasen el estudio del gobierno local como su inmediata tarea urgente. Habían comenzado con la intención de limitar su trabajo a los problemas del momento, despachando en un capítulo preliminar las épocas anteriores a 1835; pero encontraron que el pasado era demasiado importante para acabar rápidamente con él. El período que fué finalmente elegido fué aquel en que los administradores locales se encontraron, como resultado del rápido cambio económico, ante problemas de una nueva complejidad, que ellos podían resolver o ignorar, según les pareciera más oportuno, sin la ayuda y sin impedimento, salvo en raras ocasiones, por la intervención procedente del gobierno central. Excepto en lo que se refiere a los volúmenes sobre la Ley de Pobres, que empezó antes y terminó después, fué el siglo y medio comprendido entre 1688 y la reconstrucción parcial de las instituciones locales que siguió a la Primera Ley de Reforma.

English Local Government from the Revolution to the Munici-

pal Corporations Act (El Gobierno local inglés desde la Revolución hasta la Ley de Corporaciones Municipales) se empezó en 1898; la última parte que se publicó apareció en 1930. El plan, según se concibió primeramente, no llegó a terminarse. Obligaciones de carácter público se interpusieron; y algunos temas sobre los cuales los autores habían pensado escribir, tales como la supresión de faltas, el aprovisionamiento de mercados y la reglamentación del comercio, hubieron de ser dejados para que los trataran otras personas. Los cuatro volúmenes sobre la estructura del Gobierno local y los seis que tratan de sus funciones comprenden, sin embargo, la mayor parte del plan original. La mejor introducción a la serie como conjunto se encuentra en los dos capítulos finales de *Statutory Authorities for Special Purposes* (Autoridades Reglamentarias para propósitos especiales)—triste título de un gran libro—que la señora Webb consideraba como el libro “más distinguido intelectualmente” entre todas sus obras. Es en estos cuerpos *ad hoc*, establecidos en la legislación local para alcantarillar, pavimentar, sanear, iluminar y ejercer la policía de ciudades que crecían rápidamente en una época antihigiénica y desordenada, más bien que en instituciones como el burgo, de mayor antigüedad y fama, donde los Webb encuentran el germen del gobierno municipal y de los condados de hoy día. La historia de la transición, tal como la cuentan, consiste no meramente en la elaboración de mecanismos, sino en la aparición de nuevos principios. La aparición del ciudadano-consumidor, como poder interventor en los gobiernos locales, que sustituyen a las organizaciones profesionales de agricultores, comerciantes y artesanos; de la elección por la autodesignación o la co-opción; del contratista que utiliza mano de obra a sueldo contra la obligación de prestación personal gratuita; de funcionarios remunerados frente a la detentación feudal de un cargo beneficioso; de la creciente intervención de los departamentos del Poder central frente al casi incontrolado predominio de las costumbres y de la ley local, son, afirman los autores, los principales hitos que marcan el camino que lleva del antiguo orden al nuevo.

Sobre la validez de sus conclusiones, como sobre los detalles de su descripción, tan sólo un especialista podría atreverse a hablar.

El lego se detendrá con simpatía, y a veces divertido, en los elementos humanos de su historia. Los miembros de sus corporaciones locales respiran, se mueven, sufren; hacen planes para el bien público, y a veces para el propio; luchan desinteresadamente por elevados fines; intrigan, se dejan sobornar y toman parte, en palabras de Fielding, en "complots y contravenciones, partidos y facciones, iguales a aquellas que se encuentran en las cortes". El jefe del Bethnal Green, un cuadro de Hogarth; la selecta Junta de San Jorge, Hannover Square, de la que nunca se supo que exigiera una tasa ilegal o que hiciera gastos a costa del público; jueces que son reformadores convencidos, como sir George Paul, en Gloucestershire, o Thomas Bailey, en Lancashire, y los magistrados del Middlesex Bench, descritos por Burke como la escoria de la tierra; la precoz democracia municipal de Norwich, hundiéndose en una orgía de corruptos y violentos partidos políticos; los gobernantes de la pequeña ciudad de Tetbury, inocentes como etíopes, que habiendo comprado la casa solariega de su arruinado señor, administran la propiedad como un fideicomiso no sólo en beneficio de los hombres libres, sino de todos los habitantes, persuaden a los comunes de que permitan que se siembren de trigo sus pastizales hasta que se pague la deuda y les convencen de que se permita a todos los inmigrantes en el burgo que gocen los mismos privilegios que ellos tienen, después de un período de siete años; estos retratos, admirables, escandalosos o cómicos, son una pequeña selección de una amplia galería. El gobierno local se interpreta en un sentido amplio. El estudioso que busca luz sobre la dirección de los cultivos en campo abierto, el papel jugado por los gremios en la vida municipal, los problemas que surgieron cuando los pueblos se convirtieron en ciudades no equipadas con el aparato de una civilización urbana, o la historia de la Ley de Pobres del último cuarto de siglo, que los autores ayudaron a hacer tanto como a escribir, no se verá defraudado. No todos sus juicios merecen el asentimiento; pero aquí, como en todas partes, pusieron sus cartas sobre la mesa, teniendo que pasar grandes trabajos para poder suministrar los medios de confirmar o refutar sus interpretaciones. El lector de sus volúmenes, que lanza una mirada retrospectiva y considera su obra en conjunto, podrá sentir que ha estado en

contacto con la historia, no tan sólo del gobierno local inglés, sino del pueblo inglés.

Los Webb fueron generalmente considerados tanto en este país como en el extranjero, como los dirigentes intelectuales del socialismo británico. El corto número de libros escritos por ellos que específicamente tratan este tema puede, a primera vista, causar sorpresa. Habían estado, como escribieron en 1921, "investigando y describiendo las instituciones democráticas durante casi treinta años" antes de "publicar ningún libro que tratase del gobierno nacional o del Estado político"; y ni entonces ni después, los temas a los cuales algunos pensadores socialistas han dedicado amplio espacio figuraorn de una manera importante en sus páginas. Lo cierto es que su acercamiento no sólo al socialismo, sino a los temas económicos en general, siguió una línea diferente de la que había sido seguida anteriormente por la mayor parte de los teóricos, ya fueran de derecha o de izquierda. La señora Webb había explicado, en su autobiografía, las razones que la condujeron, en los primeros momentos de su carrera, a creer que el campo de la economía política, tal como se concebía comúnmente durante su juventud, estaba necesitado de una nueva definición. Consideraban la economía del capitalismo que busca obtener beneficios—una de las muchas series de métodos diferentes que los hombres habían empleado para organizar la producción de riqueza—como un importante tema de estudio juntamente con otras instituciones sociales; pero pensaba que el análisis, para que sea fructífero, debe ir de la mano de la investigación. Consiguientemente, no simpatizaba ni con la tradición de la especulación abstracta, que venía de Ricardo, ni con el intento de algunos socialistas de volver sus baterías contra ella, empleando, como en el caso de la teoría del valor-trabajo, métodos análogos para crear un sistema de contradoctrina. El materialismo dialéctico les dejó igualmente escépticos. Observan secamente: "si efectivamente existe, está en marcha tal influencia, es naturalmente un tema apto para el estudio objetivo, juntamente con los mismos fenómenos. Para nosotros, "la concepción materialista de la historia" es meramente una hipóteiss entre muchas... que, como todas las hipótesis, puede ser útil como instrumento de investigación, pero ad-

quiere valor científico solamente en tanto en cuanto se verifica por una observación objetiva de los hechos."

Su propia actitud frente a cuestiones de política social era realista, experimental y constructiva. Era el resultado de los hábitos formados y de las lecciones aprendidas durante su larga vida de estudiosos y administradores. La principal necesidad del mundo era que se mantuviera esta luz sin apasionamiento, y creyendo que la razón y la buena voluntad habían de prevalecer, si se le daba tiempo para ello, les impacientaban las críticas sin afirmaciones y se negaban a predicar ideales hasta tanto que no habían encontrado el medio de realizarlos. Consideraban más importante interpretar las tendencias del desarrollo social y prescribir, después de un cuidadoso diagnóstico, remedios específicos para males particulares, que despertar el apetito del sensacionalismo o de tráfico de sistemas.

La señora Webb, cuando todavía era la señorita Potter, había quedado muy impresionada por el hecho de que la clase a la que ella pertenecía "habitualmente daba órdenes, pero... muy raramente, si es que era alguna vez, cumplía las órdenes de otras personas". El problema, tal como ella y su marido lo vieron, era reemplazar esta dictadura inconsciente del capitalista, con las caprichosas desigualdades y el poder irresponsable que a ellos les parecía que resultaba de todo esto, por situaciones que permitiesen la participación efectiva de los hombres y las mujeres corrientes en la dirección de los asuntos económicos de los cuales dependía su subsistencia. El capitalismo, afirmaba en *The Decline of Capitalist Civilization* (La decadencia de la civilización capitalista), había prestado evidentes servicios despertando energías que estaban dormidas y canalizándolas con provecho, como el imán, para la producción de riqueza; pero su precio en sufrimientos humanos y degradación —una degradación que no se había limitado a los que perdieron en la lucha— había sido muy alto. Hasta hace poco había sido muy difícil establecer una alternativa que pudiese llevarse a la práctica. Ahora, gracias al crecimiento de nuevas formas de organización social y a la experiencia administrativa obtenida en el último medio siglo, era posible hacer algo mejor. La regulación colectiva de la industria privada, con su intento de llegar

al establecimiento de niveles mínimos de vida civilizada; la administración calectiva, por los municipios y el Estado, de un creciente número de servicios; el aumento de las medidas comunales en favor de las necesidades de los jóvenes, los enfermos, los ancianos y los parados, y el desarrollo de la imposición progresiva —por no mencionar el crecimiento del cooperativismo y sindicalismo, que ellos consideraban de igual importancia—iban creando, ya incluso antes de 1914, una sociedad notablemente diferente de la que ellos habían conocido en su juventud. Era progresando a lo largo de esta dirección —progreso rápido y deliberado, en lugar de ser tambaleante y casual— como se había de lograr, en su opinión, la meta a la que ellos tendían.

Estos puntos de vista ofrecían sus flancos a los ataques de extremos opuestos. Y no dejaron de recibirlos. Una acusación, cuya validez los autores no habrían admitido, es la que, quizás, con más frecuencia se ha hecho contra ellos. Se les culpa de una indiferencia burocrática para con la libertad individual. Habrían contestado a esto que libertad significa no el derecho de individuos determinados o de grupos a usar tal poder como a ellos les parezca que conviene, tal como la historia pasada y las convenciones sociales presentes parece que les han autorizado, sino el establecimiento de condiciones que fomenten “el máximo desarrollo posible de la facultad” en todos los seres humanos, y que la libertad en este sentido es hija de la ley. En una civilización urbana e industrial, la alternativa de la planificación por un Estado democrático para el bien general no era, en su opinión, la libertad de cada individuo de arreglar sus propios asuntos como mejor le conviniese. Era la aquiescencia, bajo una coacción económica, de la masa de la humanidad en unas circunstancias y estilo de vida creados por el interés particular de poderosas minorías. La libertad de la mayoría había aumentado de una manera notable a partir de la mitad del último siglo con el desarrollo de diversas formas de control colectivo, que los intereses que se les oponían habían denunciado al principio como tiranía. Su posterior ampliación habría tenido lugar mediante análogos métodos. Para su extensión se requería no una acción pública menor, sino mayor.

No es sorprendente, por consiguiente, que el aspecto del orden

social soviético, que despertó el entusiasmo de los Webb, no fuera ni la primera fase turbulenta ni el breve ensayo sindicalista, sino la subsiguiente "deliberada planificación de toda la producción, distribución e intercambio de la nación, no en provecho de unos pocos, sino para aumentar el consumo de toda la comunidad". Antes de su visita, habían leído casi todo lo que se había escrito en inglés, francés y alemán sobre la Rusia Soviética; también conocían la abundante literatura que exponía las objeciones, tanto políticas como económicas, hechas al principio de la economía planificada. En los dos volúmenes de *Soviet Communism* (Comunismo soviético) exponen sus propias conclusiones. Creían que el sistema funcionaba, que había elevado el nivel de vida del pueblo ruso y que no estaba amenazado por una catástrofe interior. Pensaban también que, a pesar de la ausencia de formas democráticas occidentales, descansaba sobre una amplia base de apoyo popular, que se expresaba a través de un gran número de órganos distintos y que debían su realización, en parte, a la determinación de sus dirigentes de utilizar al máximo el conocimiento científico, y en parte, al éxito obtenido creando entre la masa de población un espíritu de servicio y solidaridad al que las sociedades capitalistas, con el acento puesto sobre el tema del propio interés pecunario, no podían apelar en igual medida. Si este libro ha de quedar, lo mismo que *Democracy in America* (Democracia en América), de De Tocqueville, como el cuadro más expresivo, entre los contemporáneos, de una nueva sociedad en sus momentos fundacionales, es algo que sólo el tiempo podrá decir. Cualquiera que sea el veredicto, siempre será un impresionante intento hecho por dos experimentados sociólogos, que no eran ni unos inocentes ni unos fanáticos, de interpretar para sus compatriotas una civilización que no les era familiar.

III

Estaba en la naturaleza de los estudios que los Webb hicieron, así como estaban personalmente convencidos de que el conocimiento y sus aplicaciones habían de ir íntimamente unidos. Sus libros no fueron la cosecha de una vida de placer. Fueron escritos, y

deben leerse, como el producto no solamente del estudio, sino de un clima cívico. En la época en que comenzaron a trabajar juntos, el señor Webb, a consecuencia de su puesto en el Consejo Municipal de Londres, estaba profundamente relacionado con la política educativa del tiempo, incluyendo la reforma de la Universidad de Londres y la Ley de Educación de 1902. La señora Webb desde que prestó testimonio en la Comisión sobre Explotación en el Trabajo, en la Cámara de los Lores, era conocida como mujer en la que se podía confiar para tratar cuestiones espinosas con sinceridad y sin sentimiento. Ambos tenían sus propios proyectos, que querían realizar; pero ambos eran tenidos por individuos sin intereses personales, libres de ligaduras con los partidos políticos, a quienes no importaba, siempre que el trabajo que ellos juzgaban necesario hacer se hiciese, qué gobierno o individuo había de recoger el mérito de haberlo hecho. La señorita Haldane, hija de su más viejo amigo en la vida pública, ha hecho notar la influencia que les proporcionó su catolicidad política. Este comentario es justo.

Las peticiones dirigidas a la señora Webb no son del tipo de las que se pueden clasificar fácilmente, ni tampoco fueron ligeras. Desde la época, durante la última decena del siglo, en que instruía a los miembros de los sindicatos en la Comisión de Trabajo, asesoraba a sus amigos conservadores sobre la Ley de Fábricas, en 1895, y ayudaba a su marido a hacer navegar la recientemente fundada *London School of Economics and Political Science*—su principal aventura en aquellos días—entre los bajíos que amenazaron la infancia de esta Escuela, hasta que llegó al Comité de Reconstrucción y la ayuda prestada al reorganizado partido laborista allá por los años 20, rara vez estuvo sin alguna causa que necesitase ser cuidada por sus propias manos. Jamás abandonó sus investigaciones a largo plazo; pero hubo períodos en que tuvieron que pasar a segundo término. Los cinco años y medio dedicados a la reforma de la Ley de Pobres fueron el más largo período en que semejante cosa tuvo lugar. En diciembre de 1905, había sido nombrada miembro de la Real Comisión sobre las Leyes de Pobres y, hasta enero de 1909 en que la Comisión informó, le dedicó todo su tiempo. Resistió la disposición de algunos de sus colegas de

recoger opiniones en lugar de hechos; insistió en que se deberían nombrar experimentados ayudantes que redactaran informes detallados sobre temas de importancia, y llevó a cabo por sí misma, con la ayuda de sus secretarios, varias investigaciones en materias sobre las que creía era necesaria ulterior información. El Informe de la Minoría, firmado por ella y otros tres miembros de la comisión, y del que ella y su marido eran autores conjuntos, aunque, naturalmente, encontró oposición era, en opinión general, una realización impresionante. Era incuestionable la ciencia que en él se encerraba, pero su dominio de la historia de las Leyes de Pobres y de la administración era menos importante que sus propuestas constructivas. Desafiando el principio de una autoridad cuyas funciones se limitasen a aliviar la pobreza, e insistiendo en que el deber del Estado era no solamente aliviar a los necesitados, sino captar las causas de esta necesidad, sacó este problema fuera de los carriles por los que había discurrido en el pasado, elevando el estudio de esta política a un nuevo plano.

La Comisión le supuso dura lucha, así como un fuerte trabajo. Dejó a la señora Webb temporalmente extenuada. Su consecuencia fué no menos agotadora. Hasta entonces, aunque persistente en el trabajo entre bastidores, había huído de la publicidad. La campaña para la derogación de la Ley de Pobres fué su primera y única entrada en la agitación en gran escala. Durante más de dos años, desde la primavera de 1909 hasta el verano de 1911, todas sus energías se consagraron a la organización y a la propaganda. Apoyados por un Comité Nacional que representaba a todos los partidos y confesiones, incluyendo hombres y mujeres eminentes en diferentes campos de la vida, los Webb recogieron dinero, sostuvieron una oficina central activa bien dotada de personal, establecieron sucursales, dirigieron un periódico, celebraron conferencias y reuniones, y ellos mismos recorrieron el país, pronunciando muchas veces la señora Webb cuatro o cinco discursos en una semana. La agitación les costó algunos amigos, y no fué inmediatamente seguida del éxito. Otros planes encontraron favorable acogida en las altas esferas, y la legislación sobre seguros desvió por algún tiempo la atención pública. Un Subcomité del Comité de Reconstrucción aceptó, en 1918, las principales pro-

puestas del Informe de la Minoría, pero ello no fué seguido de acción alguna. Y no fué hasta 1929, en que la paternidad de la propuesta estaba ya casi olvidada, cuando la Ley de Gobiernos Locales de aquel año puso fin a las *Boards of Guardians* (Juntas de Tutores), transfiriendo sus funciones a los consejos de los condados y burgos.

La lucha en pro de la reforma de las Leyes de Pobres fué el trabajo de carácter público más duro que la señora Webb comprendió. En el período de respiro que siguió, además de publicar otro volumen del *English Local Government*, ella y su marido se lanzaron a dos nuevas empresas. El período de agudo conflicto industrial comprendido entre 1910 y 1914 estuvo marcado por la aparición de aspectos que, sino nuevos en principio, no habían sido previamente formulados con igual agudeza. La actitud de los Webb frente a la política titulada de "control de los obreros", de la que se había de oír hablar mucho en la década siguiente, era una combinación de escepticismo interesado, en cuanto a la practicabilidad del programa, con una resuelta determinación de permanecer en buenas relaciones con sus defensores. No menos característicamente insistieron en que, cualquiera que fuesen los méritos de las doctrinas avanzadas, lo más esencial era no la controversia o la propaganda, sino un estudio desapasionado de la estructura industrial, a la que se habían de aplicar las nuevas prescripciones. El Fabian Research Department, fundado por iniciativa de la señora Webb, iba a ser un órgano de conocimiento desapasionado. El *New Statesman* —periódico libre durante los primeros años de su vida, que juntó a las funciones ordinarias de un semanario la publicación de enormes suplementos sobre temas sociales— había de difundir la luz, a medida que iba creciendo, en círculos más amplios que los que podían ser alcanzados por los libros.

La guerra, cuyo estallido halló a los Webb trabajando en investigaciones sobre el control de la industria, seguros y organización de las profesiones, les impuso nuevas obligaciones. La señora Webb prestó servicios en una serie de comités oficiales, incluyendo el Comité de Pensiones Reglamentarias, que se ocupaba de las pensiones de los soldados inválidos; el Comité de Reconstrucción establecido en 1917, en el que dirigió las propuestas del Informe de

la Minoría sobre las Leyes de Pobres, a través de un Subcomité que trataba de problemas de gobierno local, y ayudó, como miembro de otro Subcomité presidido por Lord Haldane, a redactar otro notable informe sobre el Mecanismo del Gobierno Central, y el Comité sobre Mujeres en la Industria. Las materias deferidas a este último Comité por el Gabinete de Guerra —la relación entre salarios de hombres y mujeres— no había dejado de causar confusión. El análisis del problema contenido en su Informe de Minoría aún no ha perdido actualidad.

En la época en que apareció, obligaciones de un tipo inesperado empezaron a recaer sobre ella y su marido. Habían sido miembros del Partido Laborista desde su fundación, y habían mantenido relaciones amistosas con sus dirigentes, así como con los de otros partidos. Considerando, sin embargo, que su principal tarea era el fomento de los conocimientos económicos y sociales, se habían hecho los sordos a los llamamientos para que entrasen en política. La nueva situación que, evidentemente, se había de desarrollar cuando de nuevo reinase la paz ocasionó un renuente cambio de ideas. Desde 1918, en que el señor Webb se presentó como candidato por la Universidad de Londres, y más aún desde 1922, en que llegó al Parlamento como diputado por Seaham Harbour, los intentos de ayudar al Partido Laborista a convertirse en una fuerza política efectiva fueron la principal preocupación de los Webb, junto con las obligaciones de Ministro del señor Webb y la redacción de sus libros. La señora Webb, que no era una admiradora del ritualismo de la política, se evadía de las obligaciones puramente ceremoniales de la mejor manera que podía; pero tomó muy en serio las obligaciones prácticas de la vida política, permaneciendo en estrecho contacto, a través de conferencias y mediante correspondencia, con las mujeres de la circunscripción de su marido; prestó servicios en los Comités Asesores del Partido; asistió a conferencias internacionales socialistas en Hamburgo y Ginebra, e hizo de su casa de Londres un centro donde los miembros y dirigentes podían reunirse en un ambiente agradable. Su obra literaria había disminuído, sin duda alguna; pero ellos eran maestros en el arte de canalizar sus energías, y su obra sufrió menos de lo que se habría podido esperar. La dura fase del

episodio parlamentario duró nueve años, durante casi tres de los cuales uno de los dos ocupó el cargo. Los tres volúmenes sobre *English Local Government* que, juntamente con *My Apprenticeship*, fueron publicados durante este período, no daba idea de que fueran redactados con prisa o por manos que habían perdido su habilidad. Ocho meses después de la elección de 1931, en mayo de 1932, los dos autores salieron para Rusia, teniendo él setenta y tres años y ella setenta y cuatro.

IV

Algunos de los problemas estudiados por los Webb en sus primeras obras son, en parte gracias a ellos, menos urgentes de lo que eran. Eran de una generación impresionada por el espectáculo de un rápido crecimiento de la riqueza, y dispuesta a creer, si bien con una seguridad decreciente, que las medidas positivas para curar los males sociales se hacían superfluas por la certeza de su continuidad. Ni la señora Webb ni su marido albergaban ilusiones sentimentales en cuanto a la falta de importancia del progreso material. Igualmente lejos, en efecto, de aceptar el punto de vista de que "el problema de la producción ha sido resuelto", estaban desanimados por la indiferencia con la que se lleva a cabo la lucha del hombre con la naturaleza. Lo que les distinguía de la mayor parte de sus contemporáneos, que se interesaban por los mismos temas, no era meramente el que rechazasen la doctrina, todavía poderosa en la última década del siglo, de que "la contestación a la pregunta: ¿cómo hacer rica a la nación?, es "dejando que cada miembro de ella se enriquezca por sí mismo cuanto pueda y por sus propios medios". Fué su captación de la verdad de que los progresos sociales, para que puedan ser controlados, han de conocerse profundamente y en detalle, y la inextinguible energía desplegada durante medio siglo, lo que les llevó a la investigación de los mismos.

La concepción de un orden social planificado, con el consentimiento general, para el bien común, tiene una larga historia tras de sí; pero los anteriores profetas del destino raras veces habían

trazado los caminos. Los Webb se mostraron fuertes allí donde sus predecesores habían sido débiles. La prescripción, cuando no va precedida del diagnóstico, les parecía pura charlatanería, y el diagnóstico era una tarea para la cual las intenciones virtuosas eran menos importantes que una buena técnica. "Solamente estudiando los *procesos* de decadencia y crecimiento durante un período de tiempo", escribía la señora Webb, "podemos comprender incluso los hechos contemporáneos..., y solamente mediante esta comprensión de los procesos pasados y presentes podemos obtener una visión sobre los *medios* de cambio." De aquí su larga lista de trabajos sobre temas específicos y su negativa a formular una filosofía política, excepto a manera de comentario sobre el tema específico de que se trate. De aquí también su idea del camino que ha de seguir la reforma. Su gradualismo no era, como se ha dicho absurdamente, la declaración de una preferencia, como si malgastar el tiempo fuese su lado flaco predominante, sino el reconocimiento de los hechos de un mundo en que la vida se vive a tiempo. Eran las personas que menos hubieran esperado los acontecimientos si hubiera estado en su mano acelerarlos; y para los autores de cambios reales, sean grandes o pequeños, ya se trate de un artículo en la Ley de Fábricas o de un Plan Quinquenal, tenían un gran respeto; pero estaban libres de la ilusión —rara, aunque no infrecuente— de que ladrar era sinónimo de morder, y estaban al tanto de esta verdad, no siempre recordada, de que esta última operación, para que sea efectiva, requiere que, en determinados momentos del procedimiento, las bocas abiertas se cierren. No eran, consiguientemente, de esos intelectuales que ven en el Movimiento Laborista un sustitutivo del cine, y que caen en paroxismos de sentimiento, desprecio e indignación ante su lamentable indiferencia frente a su apetito melodramático. Creían en la invención y la construcción —la producción, como ellos dijeron, de "nuevo tejido social"— no la denuncia o la destrucción, eran la raíz de la materia. Los revolucionarios románticos, todo retórica y cartuchos de salvas, normalmente les aburrían y a veces les irritaban.

Sus largos años de trabajo y la persistencia con la que, sin dejarse conmover por las cambiantes modas, se mantuvieron en su dirección, les dió el carácter de una institución. Como no les

gustaba la falsa erudición, tuvieron sumo cuidado cuando expresaban opiniones sobre materias que caían fuera de su propio campo. En aquellas que quedaban dentro de él, el atónito investigador, ya sea, estudiante, funcionario, miembro de los sindicatos o político, podía dirigirse a ellos como a un oráculo, que daba contestaciones claras impregnadas de sabiduría colectiva —“creemos”— y surgida de una experiencia tan rica como ninguna otra persona podría tener. La comparación de estos autores con Bentham es apropiada, en este respecto; pero si, como el sabio, ellos fueron una fuente de ideas, no tenían nada en absoluto de su excentricidad, y le superaban en humanidad. Entre las leyendas que se formaron en torno a ellos algunas acertaron a señalar características destacadas, pero la mayor parte de ellas no dieron en el blanco. El más noble de todos los títulos, solían decir, es el de servidor, y “la firma Webb” sirvió causas públicas con una concentración tal en el propósito como pocas personas ponen en sus propios asuntos; pero ambos socios no eran ni un archivador de hechos ni unos fríos y áridos doctrinarios. Su influencia no se limitó a sus actividades públicas, y llegaron a impresionar a quienes les conocían no tanto por quienes eran como por lo que hacían. Cuando estaban trabajando no se concedían reposo; pero no eran exageradamente rigurosos y conocían la manera de trabajar sin apresuramientos. Hacerles una visita en Passfield Corner, o pasar con ellos algunos días de las vacaciones que se decía no tomaban jamás, era hallarse en compañía de dos personalidades sociables, con una curiosidad psicológica no tan elevada como para gustar del cotilleo, una facilidad para reírse de ellos mismos que animaba, y dotados del mismo apetito de ejercicio físico que un grifo en la selva.

De entre las características que tenían en común, la sencillez y la magnanimidad eran, probablemente, las más destacadas. La combinación de la sabiduría mundana con su personal desligamiento del mundo, aunque rara, no es desconocida. Los Webb la poseían en una medida mayor de lo corriente. Aunque ellos sabían exactamente lo que querían y tenían muy pocos rivales en el aspecto de “que las cosas se hagan”, sus realizaciones debían más a la sencillez e integridad que a la artificiosa astucia que les ha-

bían adjudicado los crédulos. Recibieron algunos duros golpes, no sólo de sus contrarios; pero el no profesar rencores era un artículo de su credo. Era fácil no ponerse de acuerdo con ellos, pero difícil empezar una disputa, y cuando sus amistades insistían en mantener y atizar agravios, ellos no cejaban en buscar oportunidades para restablecer los lazos rotos. Eran encantadores con los jóvenes; les despejaban el camino para un trabajo útil; les trataban como colegas, no como discípulos, y pesaban las críticas de los rebeldes que les ridiculizaban, con una seriedad que les desarmaba tanto más, porque era estudiada, no solamente por un deseo de evitar herir sentimientos, sino porque suponían que existía una igualdad de interés por el avance de la causa común. Como otros, que no compartían sus opiniones políticas, les chocó, si es que no se vieron fuertemente sorprendidos, por los pecados contra la luz que siguieron a la primera guerra mundial. Aun creyendo ellos mismos en la persuasión mediante un llamamiento a la razón, discernían síntomas de una creciente disposición a cerrar los oídos y paralizar las mentes que les parecían nefastas, y sus últimos escritos hicieron sonar una nota de atención, que al principio no fué oída. Sin embargo, nunca perdieron la fe en el espíritu público, guiado por el conocimiento como arquitecto de un mundo mejor. Su ancianidad se vió libre de la desilusión o del cinismo. La Orden del Mérito, que se concedió a Lord Passfield por "eminentes servicios a las ciencias sociales y políticas", fué un apropiado tributo a aquella parte de su obra conjunta a la que tanto la señora Webb como su marido atribuían la máxima importancia.

En vidas que se muestran tan unidas las aportaciones individuales no pueden distinguirse con facilidad. No se trató de un caso, como se ha apuntado a veces, de división del trabajo entre un teorizante y un investigador, o entre un inventor y un realizador, o de relámpagos de visión creadora más tarde convertidos en realizaciones que resistieran las críticas y en planes que pudieran ponerse en marcha. Las ideas de ambos asociados surgieron en un continuo diálogo, en el cual cada uno de ellos era a la vez yunque y acero. Un oyente hubiera sacado la impresión de que se trataba más bien de una personalidad compleja en comunión con ella

misma, no de dos manteniendo un debate entre sí. La individualidad de cada uno de ellos tenía, sin embargo, rasgos característicos, era la expresión de una formación psicológica distinta. El enfoque intelectual que ellos hacían de los problemas era generalmente el mismo, pero en las reacciones emocionales ante tales problemas a veces diferían. La unión de identidad de propósito con diversidad de temperamento era una parte de su fuerza.

La Beatriz Webb de la fábula, una mezcla de pedante económica e implacable mujer de negocios, no sobrevivió a la publicación de *My Apprenticeship*. Resulta evidente de la descripción que hace de los años jóvenes de su vida, que estaba dotada de una sensibilidad excepcional, poseyendo el golpe de vista de un artista para las sutilezas del carácter individual, y con un poder poco común para expresarlas. Una imaginación para la cual la humanidad colectiva es tan real y activa como los individuos que se ven, no es una facultad corriente. La poseía en un grado extraordinario. Una vez escribió, después de citar unas líneas de sir Ronald Ross, el descubridor de las causas de la malaria: "Para mí, un millón de enfermos siempre me han parecido realmente más dignos de compasión que el niño "presa de la fiebre", preferido por la Aurora Leigh de la señora Browning." Sus tempranos contactos con hombres de ciencia influenciaron fuertemente su pensamiento; pero fué su comprensión imaginativa de la enorme cantidad de vidas desconocidas, más que su curiosidad intelectual, la que la condujo a la sociología.

Una vez segura de su vocación, dominó sus métodos a través de un largo y doloroso conflicto, disciplinando su inteligencia y canalizando sus emociones con tal intensidad de esfuerzo que, a juzgar por su diario, a veces la llevó muy cerca de la desesperación. Sus toques de austeridad ascética, a la manera del puritano que deja tras de sí todo cuanto le impide su búsqueda, fué en parte el legado de aquella lucha primera para dominarse y en parte la expresión de una filosofía que no gustaba del énfasis de los aspectos exteriores de la vida —lujo, ostentación y las solicitudes de las clases mimadas para gozar de una consideración especial— en su doble calidad de malas maneras y fuente de corrupción social. Era muy exigente en cuanto a cerebro y voluntad, pero no era de esos

reformadores que son intolerables en su vida privada, ni tampoco vivía, como creyeron algunos observadores, exclusivamente para su trabajo. Irradiaba luz y calor, y siempre estaba dispuesta, en medio de sus preocupaciones, para ofrecer su simpatía, aliento y sabio consejo a las personas que los necesitaban. Personas que la conocían, para quienes su eminencia intelectual no significaba demasiado, la describieron como la mujer más amable que jamás habían encontrado. Consideraba la camaradería como la más deliciosa forma de felicidad, y siempre la recibió con los brazos abiertos.

Al tratar, como hizo algunas veces, de formular su propio credo, subrayó la distinción entre las esferas de los medios y los fines, del mecanismo y el propósito, de la organización y del espíritu. En lo primero era racionalista, crítico severo de su propia obra e incapaz de resistir el sentimentalismo, los argumentos disparatados y el *dilettantismo*. En lo segundo era una mística. Al relatar épocas difíciles de sus primeros años de mujer formada, escribía: "El hábito de la oración me hizo posible sobrevivir y salir a flote relativamente sana de cuerpo y de mente." Lo conservó durante toda su vida. Después de una de las sesiones inaugurales de la Comisión sobre las Leyes de Pobres, apreciando qué graves responsabilidades recaían sobre sus hombros, se fué a rezar a la Catedral de San Pablo, continuando esta práctica a intervalos, a través del período que duraron las sesiones. En las consideraciones sobre el estudio de la sociedad, en *My Apprenticeship*, que han sido recientemente citadas por el Profesor Powicke, hay dos voces que se contestan una a otra:

"Este incesante preguntarse por los hechos sociales parece una manera interesante de pasar el tiempo, pero ¿conduce a alguna parte?, insistía continuamente el Yo que niega."

El Yo que afirma podía entonces contestar con confianza:

"Visto que la sociedad es un gran laboratorio, en el que los experimentos sobre las relaciones humanas se están llevando a cabo continuamente, de una manera consciente o inconsciente, sin cuidado alguno o con deliberación, solamente sobrevivirán y prosperarán aquellas razas que estén equipadas con el conocimiento de cómo suceden las cosas. Y este conocimiento solamente se puede

adquirir a través de una investigación incesante de la conducta pasada y presente del hombre.”

“¡Cómo suceden las cosas!”, dice el burlón Yo que niega; “pero esto no afirma lo que *debiera* suceder.”

Y el Yo que afirma contesta con calma: “Creía haberte dicho hace mucho que, en relación con el propósito de la vida, la ciencia está y estará siempre en bancarrota, y los hombres de ciencia de hoy día lo saben... Nadie sabe cómo cada uno de nosotros determina su escala de valores. Por mi parte, encuentro mejor vivir 'como si' el alma del hombre estuviera en comunión con una fuerza sobrehumana que busca la justicia. Como nuestra comprensión de la naturaleza a través de la observación y del razonamiento, esta comunión con el espíritu de amor en acción en el universo será intermitente e incompleta, y frecuentemente nos fallará. Pero el fallo en el saber y la caída de la gracia es el camino de todos los seres mortales.”

R. H. TAWNEY



SIDNEY Y BEATRICE WEEB

